



Misa del Gallo del Año de la Fe 2012

Queridos hermanos:

“Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”. Con este anuncio, Dios hace brillar para nosotros en esta noche una luz grande y acrecienta nuestra alegría. Porque el niño que nos ha nacido es el Consejero de Dios, el Dios fuerte y Príncipe de la Paz sin límites, que viene a librarnos del yugo del opresor. El hijo que se nos ha dado es el heredero definitivo del trono de David, cuyo reino de justicia y derecho es sostenido y consolidado por el celo del Señor *desde ahora y por siempre*”.

La escucha de este anuncio gozoso, con el mismo texto proclamado año tras año, evoca en nuestro interior la memoria de todas las navidades de nuestra historia personal y nos hace así posible sentir toda la vida como un camino de alegría en el Señor. En efecto, la alegría es la forma de vida propia de los hijos de Dios, salvados de nuestros pecados por su Hijo Jesús, nacido de María Virgen, por obra del Espíritu Santo.

“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló” en la persona misma del niño que nos ha nacido, del hijo que se nos ha dado. ¿Quién es este niño, cuyo nacimiento anuncia con tanto gozo el profeta Isaías como luz y liberador de Israel?

Este texto de Isaías es un bello poema con el cual anuncia el profeta, lleno de esperanza, la ascensión al trono de Ezequías, hijo del rey Ajaz, hacia el año 716 antes de Cristo. El rey Ezequías, celoso defensor de la libertad de su nación y de la pureza de la religión, inspiró probablemente también el conocido texto de Isaías 11, 1-9, de tan profundas resonancias mesiánicas: *“Brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor... Juzgará a los pobres con justicia... y con el soplo de sus labios hará morir al malvado.*

A este reinado feliz se asocia una naturaleza renovada, descrita simbólicamente en estos conocidos términos: *“Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos... Nadie causará daño ni estrago... porque está lleno el país del conocimiento del Señor.”*

Y en relación con ambos textos está el signo del nacimiento del Emmanuel, cuyo contenido central es esta promesa de Isaías 7, 14: *“Pues el Señor, por su cuenta, os*



dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel”.

En su libro reciente sobre *La Infancia de Jesús* ha explicado Benedicto XVI que este texto se sitúa en el año 733 antes de Cristo, en el conflicto entre el rey de Judá y los reyes de Siria e Israel por su distinta valoración de la política a desarrollar en relación con la amenaza que representa el gran poder de los asirios. El rey de Jerusalén, Ajaz, no ve ninguna perspectiva de éxito en el enfrentamiento directo con Asiria y opta por la firma d un pacto de protección, aun a costa de pagar el precio de la adoración de las divinidades del pueblo asirio. Este pacto significa que el rey Ajaz confía más en el poder del rey asirio que en el poder del Dios. Se trataba en el fondo de una cuestión no tanto política como de fe. En este contexto, Isaías invita al rey a pedir un signo de Dios; y, ante la negativa del rey, que prefiere no mezclar a Dios en su política, el profeta anuncia que Dios mismo dará por su cuenta el ya descrito signo del Emmanuel.

La dificultad de interpretar cómo entendió Isaías el signo anunciado, y a quién se refería al hablar del Emmanuel, lleva a Benedicto XVI a afirmar que este texto **“es una palabra en espera”**, que se dirige no solo al rey Ajaz y a Israel, sino que **“se dirige a toda la humanidad. El signo que Dios mismo anuncia no se ofrece para una situación política determinada, sino que concierne al hombre y su historia en su conjunto”** (p. 56).

En esta noche, nosotros escuchamos los referidos textos de Isaías, que estaban a la espera de ser descifrados, como anuncios hechos ya realidad en el nacimiento de Jesús de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, tal y como interpretó el Evangelio de Mateo el anuncio del ángel a José: *“Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por medio del profeta: Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros”* (Mt 1, 21-23). El Emmanuel ya ha llegado y es Jesús, Hijo de Dios e hijo de María, Dios y hombre unidos para siempre, Dios con nosotros para siempre.

Hoy confesamos igualmente que Jesús es el vástago florecido del tronco de Jesé, sobre el que se ha posado en plenitud el espíritu del Señor, para juzgar a los pobres con justicia y hacer presente una nueva creación, que refleja la armonía de la primera creación salida de las manos de Dios.

Con el evangelista Mateo reconocemos también cumplidas en Jesús las referencias de Isaías (8,21- 9,6) a la Galilea de los gentiles y a la luz que trae el niño que nos ha nacido. Así lo expresa san Mateo: *“Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló”* (Mt 4, 15-16).



Carlos López Hernández

Lucas encuadra el nacimiento de Jesús en la historia del tiempo del Emperador Augusto. Jesús ha nacido en un tiempo y en un lugar determinados con precisión. El decreto de Augusto para registrar fiscalmente a los ciudadanos del mundo entero lleva a José y a su esposa María a Belén, la ciudad de David. Sin saberlo, el emperador contribuye al cumplimiento de la promesa del profeta Miqueas, según la cual el Mesías, el Pastor de Israel, debía nacer en Belén (cf. Miq 5, 1-3). Así se manifiesta que es Dios el verdadero guía de toda la historia.

Mientras estaban en Belén, a María *“le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada”*.

No había sitio en la posada para aquél que, según el prólogo del Evangelio de Juan *“vino a su casa y los suyos no lo recibieron”* (Jn 1, 11). No hay sitio en la posada para el *“primogénito de toda criatura”* en el que *“fueron creadas todas las cosas”* (Col 1, 15-16); para el que viene como Salvador del mundo, en el que *“quiso Dios que residiera toda la plenitud”* (Col 1, 19). En la noche de Belén, María envolvió a su hijo en pañales y lo acostó en un pesebre. En el establo de Belén, Dios se despojó realmente de sí mismo, de su condición divina, y tomó la condición de un niño en la forma de la mayor pobreza, en la miseria del establo, símbolo de toda necesidad y estado de abandono de los pobres. Así inició la vida en nuestro mundo quien dirá más tarde con verdad: *“Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”* (Mt 8, 20). Nació en una cueva de los alrededores de Belén, utilizada como establo, el que iba a ser crucificado fuera de las puertas de la ciudad (cf. Heb 13,12). Fue acostado en un pesebre, lugar de donde los animales toman el alimento, quien se va a presentar como el verdadero pan bajado del cielo, del que el hombre necesita alimentarse para tener la vida humana verdadera y la vida eterna.

La libre elección que Dios hace de la pobreza y la humildad nos invita a reconocer el cambio de valores que manifiesta la vida y el mensaje de Jesús. Ya desde su nacimiento, Jesús no pertenece al ambiente social que el mundo considera importante. Y, de esta manera, este hombre irrelevante y sin poder se revela como quien es realmente poderoso, de quien, en fin de cuentas, todo depende. En consecuencia, el ser cristiano implica salir del ámbito social de lo que todos piensan y quieren, prescindir de los principios dominantes, para entrar en la luz de la verdad sobre nuestro ser y condición de vida.

“En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad” (Lc 2,8s). Los primeros testigos del gran acontecimiento son pastores que velan; ellos son los primeros en recibir el mensaje del ángel. Jesús nació fuera de la ciudad, en un entorno al que los pastores llevaban sus rebaños. Era normal que los pastores cercanos al lugar del nacimiento, fueran los primeros llamados al pesebre.



Pero es también posible que los pastores en vela vivieran el acontecimiento más de cerca que quienes estaban durmiendo tranquilamente. Y, además, los pastores no estaban interiormente lejos del Dios que se hace niño. Ellos formaban parte de los pobres, de las almas sencillas, a los que Jesús bendeciría, porque a ellos está reservado el acceso al misterio de Dios (cf Lc 10,21s). Ellos representan a los pobres de Israel, a los pobres en general: los predilectos del amor de Dios. Según la profecía de Miqueas (5, 1-3) Jesús nace en Belén como el que viene a apacentar al pueblo de Israel. El gran Pastor de los hombres nace entre los pastores y es reconocido y adorado por ellos.

El ángel del Señor se presenta a los pastores y la gloria del Señor los envolvió de claridad. *“Y se llenaron de gran temor”* (Lc 2,9). Pero el ángel disipa su temor y les anuncia una *“gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor.”* (Lc 2, 10). Se les dice que encontrarán como señal a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Y *“de pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: `Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”* (Lc 2,12-14).

El canto de los ángeles pone en relación la gloria de Dios “en el cielo” con la paz de los hombres “en la tierra”. La “gloria de Dios” existe en el cielo, aunque los hombres no lo reconozcamos. Dios es glorioso en sí mismo, y ello es para nosotros un motivo de alegría. Pero Dios manifiesta su gloria también en las obras de su creación y, de forma eminente, en el hombre creado a su imagen y semejanza. En este sentido, la gloria de Dios es que el hombre viva en la plenitud de vida a la que él le ha llamado. Vivir de esta manera en Dios es la gloria del hombre.

La gloria de Dios, en el cielo y en la tierra, es Jesús, que es la perfecta imagen visible del Dios invisible (cf. Col 1, 15). La gloria de Dios es Jesús, el Hijo amado, en quien Dios se complace (cf. Lc 3,22), porque vive totalmente orientado hacia el Padre, en comunión de vida, de amor y de voluntad con él. Y los demás hombres en quienes Dios se complace son las personas configuradas con Cristo, que tienen las mismas actitudes de Jesús. Estas personas gozan ya de la paz y la reconciliación que trajo a la tierra el nacimiento del Hijo de Dios. A ellas corresponde la tarea de fortalecer la fe y renovar en santidad la propia vida, para que la gloria de Dios sea reconocida y alabada en el mundo.

Y el canto de los ángeles es también una promesa de paz para todos los hijos de Dios dispersos por el mundo, que caminan todavía en tinieblas y en sombras de muerte, porque también a ellos tiene en su corazón el Padre Dios, que ha manifestado su amor enviando al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él (cf. 1 Jn 4, 9). A todos ellos se acerca Jesús en esta Navidad para ofrecerles la salvación, la paz y la alegría por el perdón de los pecados. En todos ellos quiere Dios llegar a complacerse, viendo realizada en ellos la imagen de su Hijo amado.



Carlos López Hernández

Por todo ello, en la noche en que hacemos memoria del nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, hacemos nuestro el anuncio gozoso de Isaías sobre el nacimiento de un niño que es luz del mundo y príncipe de la paz. Y reconocemos en ese niño, nacido en Belén, la presencia de *“la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres”* (Tit 2,11). Jesús, el Mesías ungido por el Espíritu de Dios, el Cristo, es el gran Dios y Salvador, que ha venido a nosotros *“para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras”* (Tit 2, 14), que él determinó que practicásemos.

Salamanca, 24 de diciembre de 2012